

LA BELLEZA DE LOS MUERTOS



SILVIA SÁNCHEZ MUÑOZ
LA BELLEZA DE LOS MUERTOS

Título: *La belleza de los muertos*
Primera edición: marzo 2021.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Silvia Sánchez Muñoz
Diseño de la colección: Raúl Torres y Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel)
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García
Asesor de contenidos: Valentín Carcelén.
Prólogo © Ana Martínez Castillo.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-121675-6-6
Depósito legal: AB 91-2021
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

a mis padres

*El mundo permanecía enigmático,
amortajado, inexplicable.*
Sam SHEPARD

*por qué te busco, noche
por qué duermo con tus muertos.*
Alejandra PIZARNIK

El eco animal

Me llaman Lucrecia Hasper. Hubo un tiempo en el que tenía una vida. Un trabajo en un bufete. Una casa con jardín. Amigos que me envidiaban. Amigos a los que no envidiaba. Vacaciones en el extranjero. Tenía la desfachatez de saber que no necesitaba nada: un trabajo, una casa con jardín, amigos..., y, de repente, una pared gris. La pared donde intento visualizar la imagen de sus cuerpos cubiertos de sangre.

Ojalá hubiera podido acariciarlos por última vez.

En las noches en las que no puedo dormir, me desnudo y me golpeo contra ella hasta que de la piel enrojecida empiezan a brotar pequeñas heridas, heridas que me recuerdan a los brotes que salían meses después de plantar semillas en aquel jardín que tuve con hortensias, buganvillas, verbenas, petunias, bocas de dragón...

Me golpeo una y otra vez hasta que mi cuerpo, vencido, grita *basta*.

Entonces me tumbo en el suelo y dejo que el frío de los baldosines me atravesase la piel.

—No hagas eso —me dice una bata-blanca entrando en mi celda-habitáculo.

La única con un brillo humano en los ojos. Me coge del brazo junto con otra bata-blanca y me llevan a la enfermería. Me inyectan algo y duermo durante horas. Otras veces lo hago durante días. Olvido. Silencio. Un espacio ingrátido donde los ecos de mi existencia se evaporan.

En ocasiones, algunas internas bajan la cabeza al cruzarse conmigo, no saben que son ellas las que me aterrorizan. El olor que desprenden sus cuerpos me da asco, no soporto el más mínimo contacto de sus pieles ajadas. Otras me espantan con gestos llenos de maldiciones: «Gato sarnoso, allá te lleve el diablo», «vieja culebra», «bruja asesina». Hay algunas que me miran con admiración, sonriéndome, y me pregunto cuáles serán esos pecados que les acerca a querer caminar a mi lado.

Lo último que le dije a mi niñita fue: «Cómete la fruta», y a mi marido: «Es tarde, deberíamos irnos a dormir». Qué frases más ordinarias, exentas de cualquier significado, *cómete la fruta, deberíamos irnos a dormir*. Nunca somos dueños de nuestros propios finales. De lo que ocurrió después, nada. Cuando me preguntaron por *el objeto*, dije que era de mi marido. Jamás lo había tocado. No recuerdo ir al garaje y buscar la cruceta dentro del maletero. Ni siquiera sé cambiar una rueda. Tampoco haberme levantado, andar por la casa. ¿Encendería la luz? Dijeron que estaban todas encendidas cuando los encontraron. Cuando nos encontraron. A ellos, muertos. A mí, sentada en la mesa de la cocina tomando una taza de café con la radio puesta y la cruceta encima de la mesa.

Encender el fuego, poner la cafetera...

... no recuerdo, no recuerdo, no recuerdo.

Recuerda, recuerda, recuerda, dice mi abogada. Tienes que hacerlo.

Lo que no puedo olvidar son las fotos que me enseñaron. La primera vez, me desmayé. La segunda, vomité. En la tercera sesión, las rompí y empecé a golpear a todo el que se puso a mi alrededor. En la cuarta, atada de pies y manos, me quedé mirando la foto de la cruceta ensangrentada como se mira un mapa mudo, de esos que tienes que colorear y escribir el nombre que marca cada frontera, a diferencia de que los bordes de este objeto se derretían en los pliegues ajados y maltrechos de mi memoria. Estuve dos horas sin poder

responder a ninguna de las preguntas que me hicieron, hasta que mi abogada dijo *basta*.

Hay días en los que, a través de un pasillo, me llevan a la consulta del doctor Morales. Calvo. Con gafas. Huele a mentolado y a perfume caro. Parece marica. Diría que lo es. Me observa durante un buen rato y después dice: «Te ensañaste con ellos». Uno de los últimos objetos que le he arrojado ha sido un busto de un dios egipcio que tenía en una mesa auxiliar. Nunca he sabido distinguirlos. Estuve a punto de darle.

Cuando nos dejan salir al jardín, hay una chica joven que, a veces, se sienta a mi lado y, sin decir nada, empieza a mecerse. Oscila de este a oeste, de norte a sur. Lo hace sin hacer ruido, solo el suave roce del bajo de su vestido acariciando el borde del banco. Cuando algún pájaro se posa en el suelo, se para, lo observa sin cambiar de expresión, hasta que el pájaro se marcha y ella vuelve a oscilar, de este a oeste, de norte a sur. Luego se levanta y, sin decir nada más, se marcha.

¿Cómo se llama?, le pregunto a Bata-blanca.

Isabel, me dice con un murmullo.

Isabel, repito.

A veces la veo en el comedor mirando la tele. Su consciencia parece estar lejos de aquí. La niña que oscila. ¿Cuáles serán sus extremos? ¿Las fuerzas gravitatorias que la hacen ir de un lado a otro? La envidia, hay algo en ella, una especie de felicidad cáustica, huidiza, de reptil. Un eco animal.

Uno de los días que se sienta a mi lado, le digo:

Me llamo Lucrecia Hasper y dicen que he matado a dos personas.

Pero ella no me mira, tampoco interrumpe su baile para prestarme atención. Sigue oscilando, de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha. Después se levanta y se marcha.

Esta vez ningún pájaro se ha posado a nuestro alrededor.

El tiempo en este lugar es una masa gris que a veces me engulle y me zarandea a su antojo. Comer, pasear, dormir, ver la tele; comer, pasear, dormir, ver la tele; comer, pasear, dormir, ver la tele. Y entre todas estas acciones, pastillas de diferentes colores marcan los compases como las agujas de un reloj.

He pedido un permiso especial para poder estar en la sala de lectura. Me han dicho que tengo que esperar. Batablanca me informa que pasará un tiempo hasta que me lo den. Mientras tanto, en los momentos en las que estamos en las zonas comunes, me paso horas sentada en un banco mirando a las demás internas, o al cielo sin nubes, o al cielo con nubes, o a los vuelos de los pájaros, o a cómo incide la luz a través de las hojas de los árboles. Echo de menos pasar las páginas de un libro, las mismas que me ayudarían a espantar esta masa gris que me engulle y me zarandea. Además, hace días que no veo a Isabel, la niña que oscila. Le he preguntado a Batablanca y me ha dicho que su familia se la ha llevado unos días de vacaciones. A la playa.

La playa.

Cuando pronuncio la palabra con apenas un susurro, me viene el olor a sal, y el recuerdo de una niña persiguiendo las olas y llamándome «mamá». Entonces imagino con envidia a la joven oscilante sentada en la arena e inclinando su cuerpo de derecha a izquierda y de atrás adelante, y dudo que alguna vez vuelva a bañarme entre las olas.

Mi abogada viene a verme cada cierto tiempo. No sé cuántos días pasan desde cada visita. La última vez que ha estado, acompañada del doctor Morales con olor a mentolado, sus gestos han sido huidizos, apresurados, como de querer marcharse pronto.

Abre una cartera de piel y saca unos papeles.

Lucrecia, dice.

No me gusta su tono de voz cuando pronuncia mi nombre. Abogada y doctor se miran. Lo tienen ensayado. Las palabras tiemblan cuando salen de su boca, como una nota musical mal entonada. Yo la miro sin pestañear. El doctor guarda silencio, me observa y comprueba aliviado que no hay ningún objeto a su alrededor.

Toma. Creo que deberías firmar este papel, continúa ella.

Lo cojo y lo leo. Es un lenguaje que conozco, una vieja melodía que resuena en mi cabeza.

No voy a firmar, respondo. No quiero que me inhabiliten.

Entonces irás a la cárcel, este lugar ha sido una prórroga, no se puede posponer más.

Pero yo no recuerdo nada de lo que ocurrió, insisto.

Siempre te he creído, Lucrecia, pero ya sabes, el último informe apunta a lo contrario. Nadie entró en la casa, todas las puertas y ventanas estaban cerradas, ni una de ellas forzada, y, además, tus huellas... están por todas partes, las pruebas de ADN, el juez insiste en que...

Esa noche lo único que hice fue dormir, insisto, dormir, dormir, dormir.

Lo digo golpeando la mesa, deseando que los músculos la atravesasen.

No podemos ayudarte más. Así están las cosas, insiste ella. No hay ningún episodio de sonambulismo anterior en tu historial médico, tampoco lo hubo en tu familia, ya sabes lo que opinaron los médicos forenses. Tú eliges, conoces estos procesos igual que yo. Hasta aquí he podido llegar. Piénsalo. Lo siento, pero no tenemos mucho más tiempo.

Me da la mano, se levanta y se va. Lo hace sin mirarme. Escucho el sonido de sus tacones en dirección a la puerta. El doctor Morales se me queda mirando unos instantes y, a punto de decir algo, se levanta y la sigue. Entonces me quedo mirando a la pared blanca de la sala de visitas y vuelvo a pensar en la foto de la cruceta ensangrentada.

Me han denegado el permiso para acceder a la sala de lectura, así que lo único que hago es salir al jardín y sentarme en el mismo banco. La niña que oscila ha vuelto. Se acerca y se sienta a mi lado. Después comienza: este-oeste, norte-sur, el suave roce del bajo de su vestido acariciando el borde del banco. Yo miro al cielo, a todos esos pájaros que no se posan a nuestro alrededor.

Isabel, le digo.

Ni se inmota. Sigue con sus movimientos elípticos y orbitales.

No volveré a dormir nunca más, susurro.

Se para durante unos instantes, no sé si es su consciencia o un acto reflejo. Después se levanta y se va.

A partir de ese día lo único que hago es mirar a la pared. Mi cuerpo me pide descansar. Un lujo que no le concedo. Un castigo a mi consciencia. Al no-recuerdo en la negritud de la noche. De todas las noches. Me levanto, me desnudo, me palpo mis formas por última vez, la textura rugosa de las heridas recientes. Ya no habrá más. Cojo impulso y me vuelvo a lanzar contra el cemento, esta vez, como los corredores de velocidad, con la cabeza hacia adelante.

La futilidad

—¿Se puede saber quién es esa?

Mientras espera una respuesta convincente de su hija, Virginia vierte agua hirviendo sobre una taza blanca de la que cuelga un hilo con una etiqueta de roiboos.

—Ya te lo he dicho, mamá, una mujer que vende libros.

—¿Y se puede saber por qué le has dejado entrar?

—¿Qué querías que hiciera? Te he llamado, pero estabas encerrada en el despacho. Me dio pena cuando abrí la puerta. Estaba empapada. Con la que ha caído. ¿Cómo no le iba a dar una toalla para que se secase? Desde luego, mamá, si por ti fuera, le habrías cerrado la puerta en las narices.

—¿Y también le tenías que ofrecer una infusión? ¿Ahora somos una ONG? No hay quién te entienda. A veces tan egoísta... otras dándolo todo por desconocidos. ¡La señorita altruista! Ahora me tocará echarla a mí. ¡Y ni si te ocurra decirle que le vas a comprar un libro! Espero que no lo hayas hecho ya. ¿Lo has hecho? —La madre interroga a su hija con los ojos bien abiertos—. Lo has hecho, me lo suponía. ¡Maldita sea!

Hablan en susurros. No quieren que se les oiga en el comedor. Yaiza, resignada, resopla, no termina de entender la reacción de Virginia, cada una en una dimensión diferente, sin canales posibles de comunicación, como planos adyacentes. Salen de la cocina. La hija sigue a la madre por el pasillo. La madre, con la taza en la mano, entra en el comedor y, antes de

darle la taza caliente, examina de arriba abajo a la desconocida, la vendedora de libros: se está secando el pelo con la toalla que Yaiza le ha dado, parece más o menos de su misma edad, no viste mal, a pesar de llevar el pantalón y la blusa mojada, qué bufanda más mona, tiene estilo, ¿vivirá de eso?

—¿No le da pena el pájaro en la jaula?

—¿Cómo dice?

—El pájaro. —La vendedora coge la taza caliente que le ofrece Virginia y, sin que nadie le ofrezca a hacerlo, se sienta en un sillón mullido de color camel. Virginia frunce el ceño, no se le pasa el detalle de la mujer acariciando con expresión molesta la tela gastada y descolorida de los antebrazos—. ¿No le da pena el pájaro encerrado en la jaula?

—Es solo un pájaro.

—¿Y canta?

—A veces.

Virginia mira sin disimulo la hora en el reloj de pared. Aún le quedan unas cuantas hojas más por traducir y tiene que mandar el proyecto mañana. Esto no llevará más de unos minutos, lo que termine en beberse la infusión y secarse.

—Es extraordinario, ¿no cree?

—¿El qué? —pregunta Virginia con impaciencia.

—El canto de los pájaros. Es extraordinario y fútil. —Guarda silencio unos instantes—. Se llama siringe, ¿sabe?

—Perdone, ¿a qué se refiere?

Pegada al móvil, Yaiza no parar de mandar wasaps. No ha vuelto a decir una palabra a la vendedora. A su hija le encanta poner todo patas arriba por el simple hecho de ver cómo su madre vuelve a ordenarlo. Al menos nunca le reprocha nada. ¡Qué tarde se está haciendo!

—La siringe es la estructura ósea en el extremo de la tráquea y, junto al saco aéreo circundante, es donde resuenan las vibraciones a través de una membrana por donde los pajaritos fuerzan el paso del aire. —La vendedora mueve los dedos de manera delicada cuando habla, como si pellizcara

las palabras—. ¿Sabe que pueden producir dos notas a la vez controlando la tensión en la membrana a ambos lados de la tráquea? Es extraordinario, ¿no cree?

—Perdone, no le entiendo, me va a disculpar, pero tengo que trabajar...

—¿Es su marido?

—¿Disculpe?

La vendedora señala el retrato de Paul sobre la cómoda, y Virginia se da cuenta de que tiene bastante polvo acumulado en el cristal.

—¿Es su marido? Yaiza me ha dicho que viven solas. ¿Está separada? Hoy en día mucha gente se separa, no se aguanta como antes. Nunca sabremos si es mejor o peor, ¿no cree? Tengo una amiga que...

—Mi marido falleció.

—¡Oh, perdone, lo siento! Tuvo que ser horrible.

Yaiza levanta la cabeza, escucha a las dos mujeres unos instantes, se encoge de hombros y vuelve a la pantalla.

—Fue ya hace tiempo, no se preocupe.

—Ha tenido que ser duro para usted, con una hija.

—Disculpe, pero no creo que eso le...

—Yaiza también me ha dicho que es usted traductora —le interrumpe—, y que ella quiere ser escritora. Por eso le he aconsejado un libro.

A Virginia le rechina el tono con el que la vendedora ha pronunciado el nombre de su hija. Una familiaridad incómoda en boca de una extraña. Yaiza parece no escucharlas, mece una pierna apoyada en la otra sin dejar de teclear en el móvil a una velocidad inhumana. Una leve sonrisa cruza su rostro. Aunque se cayera un árbol a su lado, no se enteraría.

—¿Eso le ha dicho? ¿Que quiere ser escritora? Escuche, mi hija cambia de opinión como lo hace el tiempo en primavera, como la lluvia de hoy, por ejemplo. La semana pasada quería ser *influencer*, la anterior arqueóloga y hace un año quería ser bombera, luego fue carpintera, comunista y..., ah, sí, se me

olvida, también *personal shopper*. Como comprenderá, ya sabe cómo son los chicos de hoy.

—Yo no tengo hijos. Solo los libros, ¿sabe? Es suficiente. Mis libros, lo que vendo a la gente. Tengo muchos clientes. Algunos hasta me llaman cuando tienen una crisis personal, o han perdido su trabajo, o se sienten tristes. No es bueno sentirse triste y no poder compartirlo con nadie, ¿no cree?

—Ya, perdone, pero tengo que seguir con...

—¿Le gusta?

—¿Qué quiere decir?

—Su trabajo, ¿le gusta?

—No me quejo.

—¿Qué traduce?

—¿Por qué sabe que soy traductora?

—Yaiza me lo ha dicho. Se lo acabo de decir.

—Claro, Yaiza.

—¿Qué traduce?

—¿Yo? —Virginia duda unos instantes antes de responder—, manuales médicos.

—Oh, ¡qué aburrido! Por un momento pensé que podría traducir novelas, o incluso poesía o libros de Historia. ¿No le gusta la Historia? A mí me encanta. Son los libros que más vendo, bueno, esos y los de autoayuda y las guías turísticas, ¿sabe cuál es la guía del país que más vendo? No se lo creería...

—Pues no, lo siento... Perdone, pero me va a disculpar. Sé que mi hija le ha encargado...

—¡Sí, el libro! ¡No se preocupe! Corre de mi cuenta, por la toalla y el roiboos. Su hija es un encanto. Al principio me ofreció té, pero ¿sabe?, si lo tomo más tarde de las seis, luego no duermo.

—Ya...

La vendedora remueve la infusión y la bebe a pequeños sorbos, en un gesto ensayado, frío, incluso altanero. Después, reposa con elegancia la taza en la mesita. De un vistazo,

Virginia ve que la ha dejado sobre el cristal, sin reparar en el posavasos en forma de vinilo. ¿Lo habrá hecho a posta?

—¿Y usted vive de ello?

—¿Cómo dice, Virginia? —responde la vendedora.

¿Por qué sabe su nombre? Yaiza por fin ha dejado el móvil en el sillón y parece escucharlas con cierto divertimento en su expresión.

—Me refiero a este trabajo, ¿le da para vivir?

La vendedora la escruta de arriba abajo, levanta la mandíbula y se yergue en el sillón, recta en su verticalidad. Virginia se ruboriza unos instantes. Un trueno resuena en la calle. La lluvia araña los cristales con una fiereza inusual para la época del año. El pájaro se revuelve en la jaula. Se oye una sirena de bomberos a lo lejos y el eco de la tele en el piso de arriba. Virginia vuelve a mirar la hora. Yaiza sigue los gestos de su madre y la interroga con expresión de fastidio, como diciendo, *ya estás, mamá, hay que ver lo que te gusta*. Al darse cuenta, la vendedora no tarda en colocarse la bufanda, coge el abrigo y se levanta.

—No se preocupe, no voy lejos —le dice la vendedora.

—Ya. —Virginia se queda en silencio unos instantes—. Si quiere quedarse un rato más...

—No, ya he abusado de su confianza.

Virginia observa sus gestos con cierta indiferencia. El pájaro se revuelve en la jaula. Unas plumas de un amarillo pálido caen al suelo. ¿Qué le pasa a este animal? Nunca le asustan las tormentas, piensa. Yaiza se levanta preparándose para la despedida. Se frota las manos en las costuras del pantalón.

—Con respecto a lo que me ha preguntado —continúa la vendedora—, sí que me da para vivir, Virginia. Me gusta mi trabajo, lo hago lo mejor que puedo y, en ocasiones, hasta me puedo permitir vacaciones en el extranjero y, bueno, ya sabes cómo somos las mujeres, algún caprichito como redecorar la casa, ¿no cree?

Virginia siente deseos de decirle que se vaya, que se vaya, que la deje en paz. Oye cómo la lluvia va ganando fuerza. Tendrá que bajar las persianas para que no se ensucien más los cristales. El pájaro no para en la jaula. ¿Dónde se ha ido ahora Yaiza? Oye ruidos en la cocina, la puerta de la nevera se abre y se cierra. ¿Qué estará haciendo? Al instante, su hija vuelve con un yogur. Come las cucharadas con esa avidez adolescente, como si el mundo se acabara mañana. La vendedora sonrío.

—Nunca tienen fondo, ¿verdad?

Virginia asiente. La vendedora suspira, como quien acepta que las cosas no tienen remedio. Coge un maletín con ruedas a los pies del sillón.

—Ha sido usted muy amable. Siento haberle robado su precioso tiempo. Su hija es un cielo. Tome, la toalla.

—Gracias.

Deja la toalla de cualquier manera en una silla. Sigue a la vendedora por el pasillo hasta llegar a la puerta. La vendedora la abre con una facilidad que sorprende a Virginia, a sus amigos suele costarles. Sujeta la puerta para que salga. La brisa heladora del portal le sacude la cara.

—¡Qué frío! Cuídese, Virginia. Y no se preocupe, el libro de Yaiza corre de mi cargo. Os llegará en unos días.

—Muchas gracias, no hace falta de verdad.

—Por cierto, algún día tendría que liberar a ese pájaro. ¿Me hará ese favor?

Le sonrío antes de darse la vuelta y dirigirse a las escaleras. Sus zapatos resuenan en los escalones. Según va bajando, el eco de sus pasos es cada vez más débil. Virginia cierra la puerta exhalando un suspiro de alivio. Vuelve al comedor. Yaiza, sentada en el sillón, sigue enfrascada en la pantalla del móvil.

—No vuelvas a hacer esto. ¿No ves que es incómodo?

—¿Incómodo para quién, mamá? Al menos has levantado el culo de la silla y los ojos del ordenador. ¿No ha sido divertido? ¿No te sientes ahora más liviana?

¿Más liviana? Virginia mira a su hija: crece por segundos, nuevas palabras, esos gestos, hay días en los que cuesta reconocerla, se parece tanto a Paul, qué tarde es, otra vez el pájaro batiendo las alas sin parar, ¿qué le ocurre hoy?, ya no llueve, ¿debería bajar las persianas?, no, mejor no, qué agobio, es como quedarse sin aire, ¿qué es lo que ha dicho la vendedora del canto de los pájaros?, ah sí, *lo extraordinario, lo fútil.*

Qué chorrada.

También sobre el alma nieva

—Habíamos llegado —cuenta el soldado—, estábamos frente al mar. Copos de nieve caían sobre las aguas y las olas pasaban encima de los cadáveres, acariciándolos por última vez.

La mujer escucha al soldado apostado junto a ella. La voz del soldado arrastra las palabras como si estuvieran llenas de arena. La mujer mira a su alrededor. Apenas reconoce el perfil de la ciudad, los restos de la abadía se proyectan sobre las sombras de la noche como garras de rapaz. Una niebla gris y espesa los rodea. El aire arrastra las cenizas. La mujer siente el aire liviano, los pies ligeros, el cuerpo menos pesado que cuando conducía la ambulancia. Desde que despertó a los pies de la abadía, lo último que recuerda es el fogonazo de luz blanca y aquel pitido serpenteante que no cesaba. Ahora solo silencio. Un silencio circular y arácnido.

—¿Dónde me encontraste? ¿Y mis compañeros? ¿Dónde está la ambulancia? No la veo por ningún lado —pregunta ella.

—Todo pierde valor aquí —dice el soldado—, los ángeles negros baten sus alas y el tiempo se para, el tiempo se para así —chasquea los dedos—. Mira, las cuatro, justo antes de...

—¿Antes de qué?

El soldado no responde.

La mujer se fija en la esfera rota del reloj y observa el rostro

grisáceo del hombre: sangre seca cubre su barba mal afeitada como una segunda piel, le faltan varios dientes.

—Apenas he visto el sol —continúa—, algunos buscan sus sombras entre las piedras, entre los rincones de las pocas casas que quedan en pie. Con lo que respecta a mí, he olvidado todo lo que deseé. Pronto tú también lo harás. Ya no somos uno de ellos. *Uno de los nuestros*. ¿Sabes quién decía eso? Conrad, ¿lo conoces? No importa. Ya nadie se acuerda de él. Qué más da. Todo pierde valor aquí. Quedará la nieve cayendo sobre nuestras almas, los cuervos batiéndose en el cielo y nuestros recuerdos sepultados entre los rincones solitarios de la noche.

La mujer se fija en otros soldados que deambulan cerca de la abadía. Ninguno porta arma alguna. Husmean entre los escombros con gruñidos, como hienas entre cadáveres.

—¿Y esos de ahí?

—Extraerán las almas.

—¿Cómo dice?

El soldado guarda silencio. Gira la cabeza, se abraza a sí mismo estirando los brazos y se zarandea de un lado a otro. Empiezan a caer unos finos copos de nieve. La mujer mira su reloj de pulsera sin perder de vista a los hombres-hienas. Las cuatro. Quisiera irse de allí, dejar a aquel soldado-péndulo con su loco monólogo.

Una mujer de largos cabellos blancos pasa junto a ellos. Anda a grandes zancadas sobre los escombros. En sus brazos, una manta arrebujada.

—¿Y mi hija? —murmura—. ¿Dónde está mi hija? ¿Y mi niña?

El soldado la mira aceptando sus palabras como se hace con la llegada del día y de la noche. La mujer se acerca a ella y le dice:

—Soy médico, señora, ¿se encuentra bien?

Pero la madre de largos cabellos no parece oír ni sentir nada a su alrededor. Sigue su camino con andares esperanzados al

son de su propia epifanía. Pequeñas escamas de nieve cubren la manta arrebujada.

—¿Dónde está mi bebé? ¿Mi niñita?

Un pie diminuto y grisáceo resbala entre los pliegues de la manta, apenas un segundo, el del movimiento involuntario provocado por los andares de la madre. Algo se encoge dentro de la mujer médico cuando lo ve. Se gira hacia el soldado, que ha dejado de moverse de un lado a otro.

—Habíamos llegado —prosigue el soldado—, estábamos frente al mar. Copos de nieve caían sobre las aguas y las olas pasaban encima de los cadáveres, acariciándolos por última vez.

Entonces la mujer comprende. Vuelve a mirar el reloj esperando encontrar las agujas en la misma posición: dos líneas divergentes que apuntan a unos límites que ya no le pertenecen.